

OTRO PLAN DE ECONOMIAS

La casualidad se puso ayer frente a un economista práctico, con ideas absolutamente nuevas.

Fué en un tren vía Carmen-Lira. El economista surgió del asiento del frente, sin que mediara ^{provocación} alguna de su parte.

-Lo que pierde a este país ^{medito} - es la rutina. Se trata de seguir resolviendo en forma razonable, como se hacía antes, una serie de problemas producidos pura y simplemente por la falta de razón. La lógica nada puede contra el disparate. El diamante sólo se raya con diamante. Para acabar con el absurdo hay que utilizar otro absurdo mayor. Ahí tiene, por ejemplo, el presupuesto: se le quiere reducir, como se hacía en otros tiempos, recortando aquí un sueldo exagerado, allí un empleo inútil, allí una partida innecesaria y resulta que no hay por donde comenzar. Si se parte del prejuicio de que el presupuesto tiene por objeto el bien de la colectividad, ^{en vez} del bienestar de los empleados; si se parte de ^{la base} que el personal hace expeditos los servicios en lugar de complicarlos, y que las fuerzas armadas son más útiles para defender las fronteras que para ~~señalar~~ abate los gobiernos, es imposible hacer economías.

La práctica demuestra, sin embargo, que casi la totalidad del presupuesto se gasta en sueldos y jubilaciones; que los funcionarios en servicio activo trabajan menos que los jubilados y que por cada guerra exterior hay un promedio de seis revoluciones. Todo esto se lo digo para demostrarle que el presupuesto no es tan necesario como se ha dado en sostener. Claro está que no convendría suprimirlo de repente, porque eso sólo serviría para aumentar la cesantía y provocar dificultades; pero se podría reducir a la mitad.

- ¿A la mitad?

- Sí, señor, sí; a la mitad; pero de común acuerdo con los interesados.

- No comprendo.

- Por supuesto; usted está imbuido en el viejo sistema de las reducciones hechas por la fuerza, a espaldas del empleado. El método es muy distinto. Está basado en la persuasión...

- ¿Sí?

- ¡Hablando se entiende la gente; Yo, en el caso del Ministro de Hacienda, me acercaría a cada empleado y le diría: - "Ud. está ganando aquí quinientos pesos; es harto poco para un hombre joven y lleno de iniciativas como usted; Además, tiene la obligación de venir a la oficina, firmar el libro de asistencia, aburrirse y bostezar durante seis horas al día. ¿Qué le parecería recibir la mitad de esa remuneración sin tener que venir al Ministerio? ¿No se cree usted capaz de ganar, disponiendo de toda la jornada, doscientos cincuenta pesos al mes, o sea la mitad de lo que le paga el Estado?" Si me decía que no era capaz, lo echaría por inútil, o le reduciría el sueldo sin escrúpulos a la suma en que realmente estimaba su trabajo. En una u otra forma, con o sin acuerdo, el presupuesto quedaría reducido a la mitad en lo que toca al personal civil.

- ¿Y en cuanto a los militares?

- Bueno, bueno, en cuanto a los militares, el asunto sería un poco más difícil... No les reduciría el presupuesto, pero los civilizaría.

- ¿Cómo dice usted?

- Los volvería civiles: seguirían ganando el mismo sueldo, pero dedicados a otros ramos más reproductivos. Creo que no sería difícil hallarles colocación. Los zapadores podrían continuar haciendo puentes, los artilleros se dedicarían a la minería, los ferrocarrileros ingresarían a la Empresa, la caballería y la infantería contribuirían al desarrollo de la agricultura. Me parece que, entre estar haciendo flexiones en el patio de un cuartel sin beneficio para nadie, o hacer las mismas flexiones para sacar matas de rábano o de papas, no cabe discusión.

- ¿Y la Marina?

La Marina aprovecharía los conocimientos náuticos de su personal, en la industria pesquera. ¿Se da cuenta usted de lo que significaría para la economía nacional el valioso aporte de las fuerzas armadas, al

cambiar como Cincinnati la espada por los instrumentos de labranza? Sin contar que para la estabilidad de las instituciones es mucho más conveniente una pala que un fusil y una caña de pescar que una lanza. Con poco que mejoraran las industrias extractivas, el gasto del presupuesto quedaría compensado y se economizarían muchas gratificaciones. ¿No cree usted que mi proyecto merece contar con el apoyo de los poderes públicos? ¿Qué observaciones le hace usted? ¡Vamos a ver!

No alcancó a hacerle ninguna, porque tuvo que bajarse del tranvía.

Diciembre de 1933.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile